

persuadiera de haber sido allanadas todas las dificultades. Más tarde, cuando se ausentara de nuevo, lo cual sucedió pronto, su salud quebrantada sería la explicación de su ausencia.

A tenor de sus vivos deseos Luis marchó, pues, de París al Haya. Por su parte Napoleón dióse prisa á expedir las órdenes que se derivaban del nuevo ajuste. Al mariscal Oudinot mandó ocupar el Brabante septentrional y la Zelanda hasta el Wahal, posesionarse definitivamente de estas provincias y secuestrar al punto, con ayuda de un destacamento de aduaneros, cuantas mercancías inglesas y cuantos géneros coloniales le fuera posible. Verosímil parecía que unas y otros se encontrarán en grande copia, figurando como depósito la Holanda, y sirviendo principalmente para introducirlos en Francia las provincias fronterizas recién incorporadas al imperio.

Después dispuso Napoleón que el general Oudinot cruzara el Wahal y penetrara con tres regimientos de infantería y dos de caballería en el Norte de Holanda, dejando á Luis, mientras el general Molitor, concentrando su división hacia el Ost-Frise, se aprestaba á entrar por el Este si lo exigían los sucesos. El general Oudinot debía establecer su cuartel general en Utrecht, reunir una legión de aduaneros franceses y ocupar todos los pasos navegables sin demora. Se le había recomendado exigir la entrega de los cargamentos americanos y encaminarlos por las aguas interiores á Amberes, donde se iban á abrir el depósito y el mercado de los géneros secuestrados. Además del efecto que por virtud de estas providencias esperaba Napoleón producir en Inglaterra sobre el crédito y por el crédito sobre la opinión pública, discurría añadir al tesoro extraordinario una gruesa suma y juntar las ventajas rentísticas á las políticas de este modo.

Entre estas ocupaciones diversas vió Napoleón terminar el mes de abril (1810), época la más favorable para las operaciones militares en España, y éste era el momento de que partiera, si persistía en dirigir personalmente la campaña decisiva que se proponía hacer en la península aquel año. No obstante de desearlo mucho y tan de veras que había enviado más allá de los Pirineos casi toda su guardia, reteníanle en el seno del imperio una multitud de razones. Casado el 2 de abril, no era conveniente que por ir á mandar ejércitos se apartara tan pronto de su joven esposa: el bloqueo continental, de que se prometía muy grandes efectos, si lograba hacerlo riguroso, no podía llegar á serlo sino á condición de que lo procurara por sí mismo: las disputas con su hermano Luis, provisionalmente finalizadas, exigían una vigilancia y una firmeza continuas, para evitar que en breve se volvieran á abrir al comercio británico las aguas de Holanda; el sistema comercial, complicadísimo de resultas de las licencias, reclamaba necesariamente nuevos reglamentos en que Napoleón se hallaba muy ocupado, cuya redacción no hubiera confiado á nadie, lisonjeándose de vencer á Inglaterra no menos por el comercio que por las armas; y finalmente, aun cuando de la negociación confiada á Mr. de Labouchere esperase poco, no desesperaba tanto que tuviera por oportuno abandonarla enteramente, alejándose de París mientras seguía su curso. Con efecto, se acababa de ver llegar á Morlaix un comisionado britá-

nico para el canje de prisioneros, y traía instrucciones que revelaban un notable cambio en las disposiciones del gabinete de Londres, pudiéndose creer producido por las últimas aberturas.

Sobradas razones eran éstas para retener á Napoleón en París, sin contar que, á pesar de todos, él quería la guerra de España, y quería que la hiciesen todos menos él; no porque temiera una puñalada ó un tiro, con cuyos accidentes se le amenazaba según reiterados informes de la policía, sino porque no veía en la Península, como en Prusia, Polonia y Austria, el medio de llevarlo todo á remate con una diestra maniobra ó con una grande batalla, reduciéndose todo á una interminable serie de pequeños combates detrás de un enemigo que se escapaba de entre las manos, asedios más bien que batallas, una guerra metódica para la cual se requería más paciencia que genio y fácil de dirigir desde lejos como desde cerca. Sólo los ingleses podían ofrecer ocasión de importantes operaciones; pero entre los mariscales había uno que, juntando á una rara energía las altas luces de un general en jefe y habiéndose cubierto de nueva gloria en la última campaña parecía idóneo para tarea semejante; éste era el mariscal Massena, y no en otro se fijó la elección de Napoleón para oponerle á los ingleses. Por otra parte, la campaña se iba á abrir con el sitio de las plazas que separan á España de Portugal, y debían transcurrir muchos meses antes de que empezaran las operaciones ofensivas, y siempre quedaba á Napoleón el arbitrio de dirigirlas en persona si lo creía necesario. Obligó, pues, al viejo guerrero, cansado, doliente, si bien agradecido á los magníficos galardones que le acababan de ser prodigados, á marchar hacia Portugal para dirigir contra el ejército inglés las operaciones. Le formó el mejor estado mayor que pudo; puso bajo su mando al entendido Reynier, al valiente Junot, al intrépido Ney, y le dió el general Montbrún para mandar la caballería, jefe sin par en tal arma. Además de sus brillantes lugartenientes prometióle ochenta mil hombres y le hizo partir apenas repuesto de sus fatigas, colmándole de halagos y acompañándole con sus votos y sus más legítimas esperanzas. ¿Y quién podía suponer realmente que Massena, el primero de nuestros generales, después de Napoleón, con un ejército soberbio, no diera buena cuenta de un puñado de ingleses, inferiores en número á nuestros soldados, inferiores hasta en las prendas militares y sólo iguales en la bravura? Pronto se verá lo que decidió el destino.

Después de adoptar Napoleón estas disposiciones, proyectó hacer á Bélgica un viaje, aprovechando la primavera, que era muy hermosa aquel año, para enseñar su esposa á las poblaciones anhelantes por verla; para influir con su presencia sobre los belgas, á quienes convenía mucho atraer más y más al imperio francés con agasajos; para reconocer con sus propios ojos el teatro de la última expedición inglesa; para disponer trabajos que imposibilitaran otra expedición de la misma clase; para revisar las grandes obras públicas de Amberes; para inspeccionar la flota del Escalda; para observar más de cerca la nueva marcha de su hermano y aproximarse más bien que alejarse de la negociación con Inglaterra. Tratóse, pues, de los preparativos de este viaje á fines de abril y durante mayo.

A este tiempo acababa de tomar un sesgo singular

la negociación con Inglaterra, muy difícil de creer, si documentos auténticos no le comprobaran del todo (1).

Napoleón había indicado con mucha reserva el sentido en que Mr. de Labouchere estaba autorizado para continuar las aberturas comenzadas cerca del gabinete de Londres: había mostrado cuánto tiempo podía aún sostener Francia la guerra sin padecer mucho, señalado marcadamente los puntos sobre que no transigiría y dejado vislumbrar aquellos en que no se negaría á sacrificios. Según el estado de los ánimos en Inglaterra, no suministraban estas indicaciones grandes medios de proseguir la negociación y menos aún de llevarla á feliz remate. Con razón opinaba así Mr. Fouché, y tenía el buen sentido de querer la paz y de hallarla muy aceptable á tenor de las condiciones que se consideraban admisibles en Londres. Pero al buen sentido de deseársela juntaba la demencia de quererla hacer por sí propio y ya que no á pesar de Napoleón, sin su noticia, prometiéndose después de haberla preparado secretamente, presentársela hecha, y fascinarle con la magia de esta inmensa ventaja casi obtenida. Empresa insensata era la de Mr. Fouché á todas luces y bajo todos los gobiernos, mucho más todavía bajo el de un señor tan absoluto, tan vigilante como Napoleón, y que no se concibe en un hombre de la habilidad de Mr. Fouché sino por la pasión de meterse en todo, acrecentada con la edad, la importancia adquirida y aun (fuerza es también decirlo para excusarle) con la evidencia de los peligros del imperio. Le auxiliaban ó empujaban en tal camino los proyectistas, de quienes se hallaba rodeado, y de cuyos designios ya hicimos reseña, como el de restituir una porción de la península á los Borbones de España, el de adjudicar las colonias á los Borbones de Francia, etc... A estos designios habían añadido otros: si, por ejemplo, Napoleón no quería despojar á su hermano José de ningún territorio y restituir la España ni aún desmembrada á Fernando, cabía en el dictamen de ellos dar á Fernando las colonias españolas, reservando á los Borbones de Francia una indemnización bien extraña por cierto, pues era no menos que la América del Norte, ¡los Estados Unidos! Véase á continuación el origen de esta concepción fabulosa.

De resultas de la ley de embargo se indispusieron los Estados Unidos á la par con la Francia y con la Inglaterra, siendo republicanos ingratos respecto de la primera de estas naciones y odiosos para la segunda: Luis XVI había cometido el yerro de emanciparlos, y Napoleón, como reparador de todas las faltas revolucionarias, los debía tornar á poner bajo una autoridad monárquica y europea; y parecía natural que Inglaterra se estremeciera de alborozo, viendo á los Estados Unidos restringidos en su territorio, contenidos en su vuelo y castigados por su rebeldía.

Mr. Fouché estaba dotado de muy buen seso para

(1) Refiero los complicados negocios de Holanda, de la negociación con Inglaterra, de la intervención de Mr. Fouché en la misma, con presencia de documentos auténticos, que espero me permitan esclarecer sucesos muy oscuros hasta ahora. Estos documentos consisten en cartas de Napoleón, del rey Luis, del ministro Champagny, de Mr. de Labouchere, de Mr. Fouché, y por último de los interrogatorios á que fueron sujetos todos los personajes comprometidos en la negociación citada. He leído y releído todos estos documentos originales, y no aventuro ningún hecho sin tener la prueba material á la vista. (N. del A.)

creer en semejantes quimeras, mas encontraba á Napoleón demasíadamente absoluto en sus condiciones y discurría necesario que Mr. de Labouchere llevara instrucciones bastante distintas que las que se le habían dado hasta entonces, sin lo cual la negociación quedaría rota al comienzo y la paz sería imposible.

Estrechado Fouché por Mr. Ouvrard, habiendo cometido la torpeza de iniciarle en negocio tan grave, consintió en dejarle ir á Amsterdam con el fin de ver á Mr. de Labouchere y de dirigir su correspondencia con Londres de manera adecuada á que la negociación fuera seguida y no rota. Mr. Fouché estaba persuadido de que á la larga, insistiendo con suavidad y paciencia, y más si la guerra contra España no ofrecía mejores resultados, se induciría á Napoleón á hacer el sacrificio del trono de José, de quien estaba muy desilusionado; quizá del trono de Luis, de quien estaba más desilusionado todavía, y de que si al mismo tiempo se procuraba contemporizar con los ingleses, de modo de no romper los tratos, se acabaría por dar con el punto en que la avenencia fuera posible y la paz negociable; pero entendía que sin Napoleón era menester prepararlo todo, aunque, por supuesto, mientras se la guardara oculto no se pudiera concordar nada.

Partió, pues, Mr. Ouvrard totalmente imbuído en las ideas de Mr. Fouché y, lo que era aún peor, en las suyas propias, ufano hasta no más de intervenir en tan gran negocio y lisonjeándose de recuperar con un servicio señalado el favor de Napoleón de muy atrás perdido. Apenas llegado á Amsterdam habló en nombre de Mr. Fouché, de quien tenía muchas cartas, fué considerado por Mr. de Labouchere como el representante directo y acreditado de aquel ministro, y por consiguiente de Napoleón en persona. Así Mr. de Labouchere cobró bríos, por lo que oyó y leyó, para remitir á Londres nuevas comunicaciones mucho más satisfactorias para la corte británica que las que se le habían dirigido antes. Con efecto, Mr. Ouvrard le dijo que Napoleón no se manifestaría absoluto de voluntad respecto de Sicilia, España, las colonias españolas, Portugal y Holanda; que no había que pintarle con tal colorido ante Londres; que deseaba la paz y la deseaba sinceramente; que padecían engaño en Inglaterra acerca de sus disposiciones; que además existía á la sazón un punto común entre él y el gabinete de Londres, cual lo era el deseo de castigar á los americanos por su conducta. Todos estos puntos tocó Mr. Ouvrard de una manera más ó menos precisa, y escribió muchas notas, apremiando á Mr. de Labouchere de continuo para despacharlas á Londres. Teniendo Mr. Fouché la imprudencia de cooperar á negociación tan extravagante, recurrió á un medio raro, y tal como los puede imaginar la policía, para que Mr. de Labouchere ganara crédito cerca del gobierno británico. Un desconocido, que sonaba como barón de Kolli y parecía pertenecer á la policía inglesa, se presentó en Valenzay con el fin de facilitar medios de evasión á Fernando. Se le puso preso y creyóse hacer una importante captura, que debía contrariar al gabinete británico sobre manera, pues iban á salir á la luz del sol sus maquinaciones. Mr. Fouché autorizó á Mr. de Labouchere para escribir al marqués de Wellesley en el sentido de entregarle aquel individuo, si tales eran sus deseos; con lo que juzgaba dar



una prueba de buena voluntad al gabinete de Londres y acreditar poderosamente á Mr. de Labouchere cerca del mismo.

Como á la sazón eran raras y difíciles las comunicaciones con Inglaterra, no sólo por la imperfección de los caminos, sino también á causa de las hostilidades, necesitábanse doce ó quince días para escribir y tener respuesta de una carta escrita de Amsterdam á Londres, de modo que esta singular negociación podía aún durar mucho tiempo antes de llegar á aclaraciones decisivas. Entretanto Mr. Ouvrard escribía á Mr. Fouché acerca de la negociación y suponiendo progresos que no hacía, y por su parte Mr. Fouché, induciendo también á Mr. Ouvrard á engaño, le representaba á Napoleón como enterado y satisfecho de sus conferencias, lo cual era absolutamente falso, pues dilatando Mr. Fouché una resolución difícil cuanto podía, se reservaba hacérsela á Napoleón cuando tuviera mayor madurez la obra.

Entretanto el emperador había salido de París con una brillante corte, compuesta de la emperatriz, del rey y de la reina de Westfalia, de la reina de Nápoles, del príncipe Eugenio, del gran duque de Wurtemberg, tío de María Luisa; del príncipe de Schwarzenberg, embajador de la corte de Austria; de Mr. de Metternich, primer ministro de esta corte, y de la mayor parte de los ministros franceses. Napoleón se proponía visitar á Amberes, Flesinga, Zelanda, el Brabante, provincias recién incorporadas al imperio, y volver por Picardía y Normandía á la capital de Francia.

Siempre los pueblos, hastiados de la monotonía de su existencia, corren y se agolpan al tránsito de los príncipes, cualesquiera que sean ellos, y tal vez hasta en vísperas de una catástrofe los colman de aplausos. Cuando Napoleón se presentaba en cualquier punto, el sentimiento de la curiosidad y el de la admiración bastaban para atraer la muchedumbre, y debían de ser mayores el anhelo y el entusiasmo cuando acababa de completar su prodigioso destino enlazándose en matrimonio con una archiduquesa. Y efectivamente, dondequiera que apareció entonces, fueron vivas y unánimes las manifestaciones del regocijo. Además su presencia anunciaba la continuación ó el principio de obras públicas inmensas, y así no sólo al grande hombre, sino al bienhechor se dirigían los aplausos.

Saliendo de Compiègne el 17 de abril, llegó á San Quintín por la tarde. Esta ciudad, además del establecimiento de la industria de los linones, le debía los magníficos trabajos del canal de San Quintín, seguido y llevado á término desde la época del Consulado. Se había iluminado el subterráneo donde se unen las aguas del Sena y del Escalda, y Napoleón lo cruzó con toda su corte en barcas elegantemente adornadas, y por decirlo así, como á la luz del día. Mientras lo atravesaba concedió al ingeniero que había dirigido aquellas excelentes obras, Mr. Gayant, una buena pensión con un grado en la Legión de Honor, y salió en seguida para Cambray y el castillo de Laeken. Sólo al regreso debía visitar á Bruselas.

A 30 de abril se embarcó en el vasto canal que desde Bruselas va á juntarse con el Ruppel y por el Ruppel al mismo Escalda. Todas las canoas de la grande escuadra de este río, empavesadas de mil colores y con

tripulaciones de las naves á bordo, se adelantaron á su encuentro y le llevaron por encima de las sometidas aguas de la Bélgica con la velocidad de los vientos. Esta escuadrilla imperial iba mandada por el ministro de Marina Decrés y por el almirante Missiessy, que durante la expedición de Walcheren había acreditado tanta sangre fría. Muy en breve llegaron á vista de la escuadra de Amberes, creada por Napoleón y recientemente librada de la tea de los ingleses. Todos los navíos, fragatas, corbetas, lanchas cañoneras, guarnecían la bahía: María Luisa pasó bajo el fuego inofensivo de mil cañones, que á todos sus sentidos conmovidos ofrecían el testimonio del poderío de su esposo.

Su entrada hizo la corte imperial en Amberes por entre las poblaciones belgas, que se agolparon á recibirla, olvidadas de sus sentimientos hostiles ante espectáculo tan grande. Mucho tenía que hacer Napoleón en Amberes, y se detuvo allí varios días. La paz continental permitía dar vado á sus proyectos concernientes á la marina del imperio y á la de los Estados aliados: de cuarenta y dos navíos iba á disponer aquel año, nueve prometidos en el Texel para el día 1.º de julio, diez que á la sazón había en Amberes, dos en Cherburgo, tres en Lorient, diez y siete en Tolón, uno en Venecia: calculaba tener setenta y cuatro en 1811, ciento ó ciento diez en 1812, capaces, con agregar la cantidad necesaria de fragatas y de corbetas, de recibir á bordo ciento cincuenta mil hombres con rumbo á cualesquiera destinos.

Para llegar á este número necesitaba tener nueve más en Amberes dentro de un año, y con este objeto aumentar los astilleros y reunir en aquel predilectísimo puerto las maderas y los operarios. Napoleón expidió las órdenes convenientes é hizo que en su presencia se botara al agua un navío de ochenta cañones, que entró majestuosamente en el Escalda á los ojos de la emperatriz y ante el clero de Malinas, convidado á esta naval ceremonia. A su lado tenía Napoleón al príncipe Eugenio, á quien deseaba enseñar lo que hacía en las lagunas de Flandes para que en las del Adriático hiciera otro tanto. «Cuando se tiene la tierra se tiene el mar, repetía espontáneamente, con tal que se anhele y se tenga tiempo.» ¡Tiempo! ¡Cabalmente sólo se puede ganar con cordura, y pronto Napoleón se iba á privar de tal ventaja!

Su hermano Luis vino á verle, y aun cuando menos agitado, aparecía siempre muy triste, triste de su propia tristeza y de la de su pueblo, sobre el cual cayeron á la vez tantas aficciones. De animarle trató Napoleón enseñándole todo lo que hacía en Amberes y lo que se proponía llevar á cabo; recomendándole eficazmente que tuviera pronta su escuadra en el Texel para el día 1.º de julio: le reveló los vastos proyectos marítimos; le anunció cómo iba á encaminar sus tropas hacia las costas; que dentro de poco tendría aprestadas en las bocas del Escalda, en Brest y en Tolón vastas expediciones, capaces de llevar á bordo ejércitos enteros; que Massena iría sobre Lisboa al frente de ochenta mil hombres; que dentro de dos meses se estrecharía vivamente á los ingleses en todas partes, y que pronto se les haría insoportable esta guerra, á que parecían estar acostumbrados, sobre todo si con el bloqueo rigurosamente observado se les atacaba fuertemente en los intereses mercantiles.

Con este motivo, Napoleón habló de la negociación de Labouchere á su hermano. Por rara casualidad había encontrado y visto al paso á Mr. Ouvrard, que iba á Amsterdam á toda prisa, por consecuencia de las extrañas comunicaciones entabladas entre la Holanda y la Inglaterra. Merced á su habitual perspicacia vislumbró Napoleón que, disipando Mr. Ouvrard del avalimiento del duque de Otranto y muy ligado con Mr. de Labouchere en materia de negocios, iba á mezclarse en lo que no le atañía, á procurar sorprender algún secreto de la negociación, quizá á dar consejos que no hacían falta, quizá también á plantear alguna especulación sobre probabilidades de paz. Poseído de tan singulares presentimientos, prohibió á Mr. de Labouchere toda relación con Mr. Ouvrard, dispuso que se pidieran á aquél todas las cartas cruzadas entre Amsterdam y Londres, y añadió la orden de que se le enviaran dondequiera que se encontrara durante su viaje. Luis tomó la vuelta de Amsterdam sin querer asistir á ninguna fiesta, y menos cuando Napoleón iba á entrar en el territorio recién arrebatado á Holanda.

Después de emplear Napoleón cinco días en disponer las obras necesarias, y sobre todo las nuevas defensas para hacer imposible la toma de Amberes, ordenó á la flota descender hacia Flesinga, y dándola tiempo de que lo hiciera, fué á visitar los nuevos territorios adquiridos entre el Vahal y el Meuse, así como las plazas de Berg-op-Zoom, Breda, Bois-le-Duc y Gertruidenberg.

En Breda recibió al clero protestante y católico entre las autoridades civiles y militares. Emancipados se hallaban los católicos de la dominación protestante en estos territorios recién incorporados al imperio, y sin embargo, distaban mucho de estar satisfechos. Al par que el principal ministro protestante presentóse con las vestiduras de su estado, hizolo el vicario apostólico con simple traje negro, como si hubiera temido vestirse de ceremonia en semejante coyuntura. Ante la sola actitud de los concurrentes adivinó Napoleón todos sus sentimientos, y más avezado cada día al funesto vicio de no contenerse, abandonóse á un arrebato de ira, sincera en parte, y en parte calculada. Fingiéndose al pronto no ver al vicario apostólico, oyó con benevolencia al ministro protestante, que arengándole con suma sencillez y modestia, le dirigió algunas palabras de resignación, únicas adecuadas en boca de ciudadano que acababan de ser arrancados á su antigua patria para incorporarlos á otra nueva, grande, pero extraña. «Señor, dijo el principal ministro del clero protestante, en nosotros veis los ministros de una comunión cristiana cuya invariable costumbre es adorar en cuanto acaece la mano de la Providencia y dar al César lo que es del César.»

«Tenéis razón, respondió Napoleón de seguida, y redundará en vuestro provecho, pues quiero proteger todos los cultos. Más, ¿cómo, señor, estáis revestido con el traje de ceremonia de vuestro ministerio? «Así está en el orden, señor.» «¿Es costumbre del país sin duda?» repuso Napoleón. Volviéndose al clero católico, dijo: «¿Y vosotros, señores, ¿cómo no traéis las vestiduras sacerdotales? ¿Sois procuradores, notarios, ó médicos acaso? Y vos, señor, dirigiéndose al representante de la Iglesia romana, ¿con qué funciones estáis investido?» «Con las del vicario apostólico, señor.» «¿Quién os ha nombrado?» «El papa.» «No tiene derecho para tal

cosa. Yo solo dispongo en mi imperio de los obispos encargados de administrar la Iglesia. Dad al César lo que es del César, no es César el papa, lo soy yo; no al papa, sino á mí ha entregado Dios el cetro y la espada. Vosotros, católicos, sometidos mucho tiempo á la dominación protestante, habéis sido emancipados por mi hermano que ha hecho iguales todos los cultos: me vais á deber igualdad más completa. ¡Y empezáis por faltarme al respeto! ¡Os quejabais de ser oprimidos por los protestantes! Lo merecías á juzgar por vuestra conducta, y parece á dar consejo que se pidieran á aquél todas las cartas cruzadas entre Amsterdam y Londres, y añadió la orden de que se le enviaran dondequiera que se encontrara durante su viaje. Luis tomó la vuelta de Amsterdam sin querer asistir á ninguna fiesta, y menos cuando Napoleón iba á entrar en el territorio recién arrebatado á Holanda.

Después de emplear Napoleón cinco días en disponer las obras necesarias, y sobre todo las nuevas defensas para hacer imposible la toma de Amberes, ordenó á la flota descender hacia Flesinga, y dándola tiempo de que lo hiciera, fué á visitar los nuevos territorios adquiridos entre el Vahal y el Meuse, así como las plazas de Berg-op-Zoom, Breda, Bois-le-Duc y Gertruidenberg.

En Breda recibió al clero protestante y católico entre las autoridades civiles y militares. Emancipados se hallaban los católicos de la dominación protestante en estos territorios recién incorporados al imperio, y sin embargo, distaban mucho de estar satisfechos. Al par que el principal ministro protestante presentóse con las vestiduras de su estado, hizolo el vicario apostólico con simple traje negro, como si hubiera temido vestirse de ceremonia en semejante coyuntura. Ante la sola actitud de los concurrentes adivinó Napoleón todos sus sentimientos, y más avezado cada día al funesto vicio de no contenerse, abandonóse á un arrebato de ira, sincera en parte, y en parte calculada. Fingiéndose al pronto no ver al vicario apostólico, oyó con benevolencia al ministro protestante, que arengándole con suma sencillez y modestia, le dirigió algunas palabras de resignación, únicas adecuadas en boca de ciudadano que acababan de ser arrancados á su antigua patria para incorporarlos á otra nueva, grande, pero extraña. «Señor, dijo el principal ministro del clero protestante, en nosotros veis los ministros de una comunión cristiana cuya invariable costumbre es adorar en cuanto acaece la mano de la Providencia y dar al César lo que es del César.»

«Tenéis razón, respondió Napoleón de seguida, y redundará en vuestro provecho, pues quiero proteger todos los cultos. Más, ¿cómo, señor, estáis revestido con el traje de ceremonia de vuestro ministerio? «Así está en el orden, señor.» «¿Es costumbre del país sin duda?» repuso Napoleón. Volviéndose al clero católico, dijo: «¿Y vosotros, señores, ¿cómo no traéis las vestiduras sacerdotales? ¿Sois procuradores, notarios, ó médicos acaso? Y vos, señor, dirigiéndose al representante de la Iglesia romana, ¿con qué funciones estáis investido?» «Con las del vicario apostólico, señor.» «¿Quién os ha nombrado?» «El papa.» «No tiene derecho para tal

cosa. Yo solo dispongo en mi imperio de los obispos encargados de administrar la Iglesia. Dad al César lo que es del César, no es César el papa, lo soy yo; no al papa, sino á mí ha entregado Dios el cetro y la espada. Vosotros, católicos, sometidos mucho tiempo á la dominación protestante, habéis sido emancipados por mi hermano que ha hecho iguales todos los cultos: me vais á deber igualdad más completa. ¡Y empezáis por faltarme al respeto! ¡Os quejabais de ser oprimidos por los protestantes! Lo merecías á juzgar por vuestra conducta, y parece á dar consejo que se pidieran á aquél todas las cartas cruzadas entre Amsterdam y Londres, y añadió la orden de que se le enviaran dondequiera que se encontrara durante su viaje. Luis tomó la vuelta de Amsterdam sin querer asistir á ninguna fiesta, y menos cuando Napoleón iba á entrar en el territorio recién arrebatado á Holanda.

Después de emplear Napoleón cinco días en disponer las obras necesarias, y sobre todo las nuevas defensas para hacer imposible la toma de Amberes, ordenó á la flota descender hacia Flesinga, y dándola tiempo de que lo hiciera, fué á visitar los nuevos territorios adquiridos entre el Vahal y el Meuse, así como las plazas de Berg-op-Zoom, Breda, Bois-le-Duc y Gertruidenberg.

En Breda recibió al clero protestante y católico entre las autoridades civiles y militares. Emancipados se hallaban los católicos de la dominación protestante en estos territorios recién incorporados al imperio, y sin embargo, distaban mucho de estar satisfechos. Al par que el principal ministro protestante presentóse con las vestiduras de su estado, hizolo el vicario apostólico con simple traje negro, como si hubiera temido vestirse de ceremonia en semejante coyuntura. Ante la sola actitud de los concurrentes adivinó Napoleón todos sus sentimientos, y más avezado cada día al funesto vicio de no contenerse, abandonóse á un arrebato de ira, sincera en parte, y en parte calculada. Fingiéndose al pronto no ver al vicario apostólico, oyó con benevolencia al ministro protestante, que arengándole con suma sencillez y modestia, le dirigió algunas palabras de resignación, únicas adecuadas en boca de ciudadano que acababan de ser arrancados á su antigua patria para incorporarlos á otra nueva, grande, pero extraña. «Señor, dijo el principal ministro del clero protestante, en nosotros veis los ministros de una comunión cristiana cuya invariable costumbre es adorar en cuanto acaece la mano de la Providencia y dar al César lo que es del César.»

«Tenéis razón, respondió Napoleón de seguida, y redundará en vuestro provecho, pues quiero proteger todos los cultos. Más, ¿cómo, señor, estáis revestido con el traje de ceremonia de vuestro ministerio? «Así está en el orden, señor.» «¿Es costumbre del país sin duda?» repuso Napoleón. Volviéndose al clero católico, dijo: «¿Y vosotros, señores, ¿cómo no traéis las vestiduras sacerdotales? ¿Sois procuradores, notarios, ó médicos acaso? Y vos, señor, dirigiéndose al representante de la Iglesia romana, ¿con qué funciones estáis investido?» «Con las del vicario apostólico, señor.» «¿Quién os ha nombrado?» «El papa.» «No tiene derecho para tal



sivamente la navegación del Rhin á los bateleros franceses. Determinó que todo buque no francés que entrara en el Rhin descargara en Nimega si venía de Holanda, y si venía de Alemania por el Mein en Maguncia, para que el cargamento fuera transportado por buques franceses, únicos que podrían navegar en aquel gran río. Napoleón hacía respecto de las aguas fluviales lo que respecto del Océano los ingleses. Ganoso de tener maderas de construcción para Amberes, dispuso que toda la de esta clase que surcara el Rhin se llevara por obligación á Bélgica y no á Holanda, adonde los holandeses acostumbraban á atraerlas con sus inmensos capitales. Al par formó varios reglamentos para que de Brest, donde por falta de madera se construía poco, fueran á Amberes los operarios que careciesen de trabajo.

Después de visitar las plazas de la frontera y de trasladarse sucesivamente á las islas de Tholen, de Schewen, de Sur y Nord-Beveland y por último de Walcheren, resolvió que, siendo tan funestas las calenturas en aquellas comarcas no se guardaran más que los puestos indispensables, cuidando de elegirlos bien y de proporcionarles toda la fuerza defensiva de que fueran capaces. En Flesinga dispuso diferentes obras para poner la guarnición al abrigo del fuego de los buques y abrumar con proyectiles destructores la escuadra enemiga que intentara forzar el gran paso. Viendo las ruinas de Flesinga manifestóse más justo respecto del desgraciado general Monnet, que había sucumbido recientemente sosteniendo la plaza, y expidió las órdenes mejor entendidas para que nada de lo acaecido se pudiera reproducir en lo venidero. Al tenor de la observación hecha á menudo sobre estar menos predispuestos á contraer las calenturas los hombres de edad madura y aclimatados que los jóvenes y recién llegados, decretó una organización por cuya virtud la custodia de estas islas había de ser reservada á los batallones de veteranos y á los coloniales. Quiso que una numerosa escuadrilla de lanchas cañoneras estuviese unida siempre á la escuadra y que los astilleros de Flesinga pudieran recibir hasta veinte navíos de línea. Mientras providenciaba estas cosas, su corte daba y recibía fiestas y se ocupaba en la parte frívola del viaje de que él se reservaba la provechosa.

Habiéndose prolongado su misión en estos puntos hasta el 12 de mayo, remontó el curso del Escalda, no hizo ahora más que pasar por Amberes, fué á enseñar su esposa en Bruselas, volvió á bajar á Gante y á Brujas, para designar las obras precisas á la izquierda del Escalda, y de allí se dirigió á Ostende, desde donde un ejército inglés que desembarcara hubiera podido marchar sobre Amberes en derechura. Allí señaló Napoleón las obras que podían asegurar á esta plaza fuerza bastante; luego partió hacia Dunkerque, donde ordenó algunas reparaciones; castigó la desidia de algunos oficiales de ingenieros ausentes; visitó el campamento de Boloña, teatro abandonado de sus primitivos proyectos; pasó revistas para infundir inquietudes á los ingleses, se detuvo dos días en Lila, y por último se trasladó al Havre, ocupándose atentamente en la defensa de este gran puerto. A la caída de la tarde del 1.º de junio estaba en Saint-Cloud de retorno, satisfecho de cuanto había visto y mandado, de la acogida hecha á la emperatriz en todas partes y de las esperanzas que vinculaba al parecer la nación en esta joven soberana.

Sin embargo de los numerosos motivos de satisfacción que le había proporcionado este viaje, le ponía término con grande enojo, de que era principal objeto el duque de Otranto. Según Napoleón se lo había prescrito, pidió el rey Luis á Mr. de Labouchere todos los papeles concernientes á las relaciones con Inglaterra, y creyendo éste de buena fe que al proseguir por instigación de Mr. Ouvrard las aberturas comenzadas, procedía á tenor de las órdenes del duque de Otranto y por consiguiente de Napoleón mismo, entregó sin rebozo cuanto había escrito á Londres y recibido en respuesta. Leyendo Napoleón en el camino los papeles que le transmitía su hermano, adquirió por su texto la certidumbre de que la negociación se había seguido sin su noticia y en términos que no podían convenirle. Estos papeles no revelaban todo lo acontecido, faltando allí la correspondencia entre Mr. Ouvrard y Mr. Fouché, pero daban suficiente luz á Napoleón para comprender que se había negociado sin su orden y con instrucciones que diferían de las suyas. Sin que pudiera asegurarlo, sospechaba que Mr. Fouché tenía gran parte en aquellos singulares manejos, sobre lo cual se quiso ilustrar cuanto antes.

Al día siguiente de su llegada, esto es, el 2 de junio, convocó en Saint-Cloud á los ministros. Hallándose Mr. Fouché presente, le pidió sin preámbulo alguno cuenta de las idas y venidas de Mr. Ouvrard á Holanda, de las conferencias con Inglaterra proseguidas, al parecer, fuera de la acción del gobierno. Además le preguntó al golpe, si sabía algo de tan extraño misterio, si había ó no enviado á Mr. Ouvrard á Amsterdam y si era ó no cómplice de estos inalicables manejos. Sorprendido Mr. Fouché, que se reservaba informar al emperador más tarde de lo que se había atrevido á intentar, por aquella revelación repentina y que le cogió tan de nuevas, atacado á quemarropa con tan embarazosas preguntas, balbució algunas excusas respecto de Mr. de Ouvrard, y dijo que era un intrigante, que se metía en todo y que no había que cuidarse de lo que hiciera. Mal satisfecho Napoleón con tales razones, dijo «No se trata de intrigas insignificantes que merezcan desprecio, sino de prevaricación tan inaudita como la de permitirse negociar con un país enemigo sin noticia de su propio soberano, bajo condiciones que este soberano ignora y que tal vez no admitiría. Es un delito que no se debía tolerar ni aun por el más débil gobierno.» Napoleón añadió que juzgaba lo sucedido tan grave que disponía que Mr. Ouvrard fuera preso inmediatamente. Temiendo Mr. Fouché que de resultas de tal prisión se descubriera todo, quiso en vano calmar la cólera de Napoleón y sólo consiguió acrecentarla agravando aún más sus sospechas y haciendo que recayeran sobre el mismo duque de Otranto. Guardóse muy bien Napoleón de encargar á éste la prisión de Mr. Ouvrard, que tenía determinada de antemano, por miedo de que le proporcionara la evasión, y saliendo del consejo al punto, fió el encargo á su ayudante de campo Savary, ya duque de Rovigo, honrado con toda su confianza y que frecuentemente le había servido, y de ello se puede hacer memoria, para comisiones de esta clase. A las dos ó tres horas ya estaba Mr. Ouvrard hábilmente preso cogiéndole todos sus papeles, reconociéndose al primer examen que indudablemente la negociación fué llevada más allá de lo que se creyó de pronto y que Mr. Fouché

había entrado á lo menos por la mitad en la singular intriga que acababa de ser descubierta.

Muy disgustado estaba Napoleón del espíritu inquieto de este ministro, que ya en diversas ocasiones había tomado una iniciativa desagradable ó excedídose del objeto fijado, como se pudo notar en la primera tentativa de divorcio, en la extensión excesiva dada al armamento de los guardias nacionales, finalmente en esta flamante negociación con Inglaterra. Aquí veía Napoleón á la vez un espíritu emprendedor de los más temerarios, y una ambición de hacer figura que en determinadas ocasiones podía llegar á ser infinitamente peligrosa. Sobre todo descubría en esta impaciencia de celebrar la paz casi á pesar suyo, una censura indirecta de su política y el deseo de contraer méritos á su costa. Conviene añadir que empezaba á concebir un vago descontento respecto de sus antiguos auxiliares, porque parecía que todos, y especialmente los más distinguidos, desaprobaban á las claras y cada uno á su modo cuanto hacía. Mr. de Talleyrand con sus sarcasmos, el sesudo Cambaceres con su silencio, Mr. Fouché con lo mucho que se agitaba para llevar la paz á feliz remate, eran otros tantos censores más ó menos declarados de la política ambiciosa á indefinidamente batalladora del imperio. Más de una vez había hecho caer Napoleón sobre Mr. Talleyrand el peso de su enojo: al silencio del archicanciller Cambaceres respondía con un silencio severo en ocasiones y funesto con especialidad para él mismo, pues se privaba de sus consejos inapreciables, y en cuanto á Mr. Fouché, á quien no protegía una consideración grande, rendido sin defensa por causa de su reciente culpa, estaba resuelto á no guardarle contemplaciones.

La correspondencia hallada á Mr. Ouvrard no consentía dudas sobre la parte que en la segunda negociación de Mr. de Labouchere había tomado el duque de Otranto. El día siguiente, 3 de junio, era domingo. Todos los grandes dignatarios fueron á Saint-Cloud á la hora de levantarse el emperador y para oír misa. Terminada ésta, hizo Napoleón que concurrieran á su gabinete los grandes dignatarios y los ministros, exceptuando á Mr. Fouché tan sólo, y dirigiéndose á ellos, les dijo: «¿Qué idea formaríais de un ministro que, abusando de su posición, hubiera abierto sin noticia de su soberano comunicaciones con el extranjero, entablado negociaciones diplomáticas sobre bases imaginadas por sí propio y comprometido así la política del Estado? ¿Qué pena hay en nuestros códigos para prevaricación semejante?» Al terminar estas palabras miró Napoleón muy atento á cada uno de los asistentes, como provocando una respuesta que le facilitase el sacrificio del duque de Otranto, porque, á vueltas de su omnipotencia, tenía en no poco el desgraciar á este personaje. Buscando los lisonjeros en sus ojos la respuesta que podía más complacerle, clamaron que era un crimen odioso. Mr. de Talleyrand, que no era blanco de la ira imperial ahora, sonreía al descuido: adivinando el archicanciller que de Mr. Fouché se trataba, y persistiendo en su papel habitual de conciliador, aun respecto de un enemigo declarado, respondió que sin duda la falta era grave y merecería realmente severo castigo, salvo si el delincuente se había extraviado por exceso de celo. «¡Exceso de celo, repuso Napoleón, muy ex-

traño y muy peligroso el que lleva á tomar tal iniciativa.!» Y á la sazón refirió con gran vehemencia cuanto de Mr. Fouché sabía, acabando por anunciar la irrevocable resolución de destituirle. Acto continuo pidió á los asistentes que para elegir sucesor le ayudaran con sus consejos.

Aquí empezó un gran embarazo para todos, siendo la elección muy difícil de hacer por la inmensa importancia que el ministerio de Policía había adquirido, gracias á la enorme arbitrariedad que el poder ejercía entonces y á la manera con que supo Mr. Fouché acrecentar esta importancia y hacerla suya. Además todos recelaban no dar con la elección que Napoleón tenía en la mente y contribuir aún de modo indirecto á la destitución de un ministro que infundía miedo hasta en su desgracia: así repetían como en competencia que para hallar sucesor á un hombre del porte de Mr. Fouché era necesario mirarse mucho. Sólo Mr. de Talleyrand, que asistía silenciosamente á esta escena y con una ligera expresión de ironía en su rostro impasible, dijo inclinándose al que tenía más cerca, y bastante alto para que se le oyera: «Sin duda Mr. Fouché ha incurrido en gran yerro, yo también le daría sucesor; pero uno solo, y sería Mr. Fouché mismo.» Importunado por esta reunión, de que no sacaba grandes luces, y de que le resultaba cierta especie de burla por parte de alguno de los asistentes, dejola bruscamente Napoleón, llevándose al archicanciller consigo. «¡Magnífico recurso por cierto, le dijo, el de consultar á esos señores! Ya veis cuán útiles dictámenes se pueden sacar de ellos... Pero no creáis ni por asomo que pensé en consultarles sin tomar antes mi partido; mi elección está hecha, y el duque de Rovigo será ministro de Policía.» Tanto en el ejército como en asuntos interiores había experimentado Napoleón la destreza y la audacia del duque de Rovigo, conocía su adhesión firme, sabía que no imitaría á Mr. Fouché y que tampoco se atribuiría exclusivamente los actos de templanza, cargando sobre el jefe del gobierno los de severidad. Además el duque de Rovigo debía inspirar mucho espanto, y á Napoleón no le venía mal que así fuera. Esta elección inquietó al archicanciller á pesar de todo: sin dejar de hacer justicia al duque de Rovigo y de reconocer que valía más en la realidad que en la apariencia, objetó el efecto que iba á producir esta policía militar, é indicó, sin atreverse á decirlo á las claras, que la opinión pública empezaba á irse alejando, y que un ministro de Policía con uniforme y botas de montar no era idóneo para atraerla. A estas observaciones respondió Napoleón: «¡Tanto mejor! El duque de Rovigo es hombre útil, resuelto y no malo: se le tendrá miedo, y así le será más fácil proceder suavemente que á otro.» No había réplica posible, y fuerza es reconocer que entre las elecciones que hizo Napoleón por aquellos días para reemplazar sucesivamente á los personajes insignes de los principios del imperio, la elección del duque de Rovigo fué la mejor con mucho, pues aunque el elegido moviera á espanto, era inteligente, muy dispuesto, osado, poco escrupuloso sin duda, pero muy distante de perverso, y cuando menos, gracias á su adhesión acrisolada, podía decir la verdad á su amo. Y de seguro no dejó de decírsela en ocasiones con cierta especie de familiaridad soldadesca. Por desgracia la verdad, bajo cualquier fórmula que se